

# LEA Y ESCRIBA, PER



## COMO SE COMPRA UN LIBRO EN LA FERIA DEL LIBRO

Quien se dispone a asistir a la feria para comprar un libro, ha de seguir al pie de la letra una serie de mandamientos, sin los cuales, la compra en cuestión resultaría ordinaria. Porque no se trata de llegar a la barraca y decir cuánto, tanto, envuélvame, que me lo llevo. No, la cosa tiene su ceremonia, su cuento y su gracia. Veamos. En primer término, uno debe vestir las mejores prendas, en este caso, las más cursis pues nos encontramos en primavera. Sí, uno debe ir como los chorros del oro, bien duchado, bien perfumado, con clavel en la oreja y toda la familia, suegra y gato incluidos. En segundo lugar, uno debe inspeccionar puesto por puesto, abrazarse con algún escritor que en ese momento esté firmando ejemplares, poner los libros al trasluz, calcular su peso y la buena encu-

dernación. Pero esto ha de realizarse de modo que todo el mundo observe que sí, que hay en él un auténtico amante de la buena calidad. Por último, uno ha de apoyarse a meditar durante algunos minutos sobre su mujer, vamos, como si se tratase de algo absolutamente trascendental. Luego, tras dar unos pasos atrás, mirar éste y aquel libro, como indeciso. Y por fin, a gritos, decir: «Este, me llevo este libro». Entonces a uno se lo envuelven, los defensores de la inteligencia le aplauden, los editores le besan y la mujer se emociona y se le adelanta lo que se le suele adelantar a las señoras cuando su marido comete la locura de comprar un libro. Y nada más. Eso cierra el número que monta cada año el buen burgués para proteger a la Cultura.

LA BERNARDA



Todo empezó cuando el hermano pequeño vio que Juanelo estaba escribiendo algo a hurtadillas: «Papá, Juanelo esconde unos papeles en el libro de Latín, le he visto yo guardarlos». El padre registró el pupitre y, en efecto, entre las hojas del Julio César aparecieron varias cuartillas con borrones y tachaduras: ¡era un ensayo literario! Don Tomás se desplomó en un sofá, conteniendo apenas un sollozo: «Dios mío, que habré hecho yo para que me salga un hijo con estas aficiones, ¡si sólo ha visto en casa buenos ejemplos!».

Reunido el consejo de familia, se acordó enviar a Juanelo a un colegio de religiosos, donde pudiesen controlar sus lecturas y atajar de raíz aquella peligrosa inclinación: «Si le ve usted escribiendo, no dude en avisarme —le suplicó el padre al Rector—, no



## EL APRENDIZ DE BRUJO

podría soportar una vergüenza así en la familia». La tía Aurora rezó muchas novenas, y la madre, doña Emilia, ponía todos los lunes velas a Santa Mónica, madre de San Agustín, y el milagro se produjo. Juanelo empezó a frecuentar menos las perniciosas amistades del Café Gijón, y ya no se gastaba todos sus ahorros en libros absurdos, que mezclaban distintas acciones, con capítulos salteados. Cuando llegó el momento de escoger carrera, su padre le consiguió convencer con suavidad, pero

con firmeza Filosofía y acabar de bi Y Juanelo l se puso a p notario, que años de ne cuando ya e tamente no empezado u tontamente tráfico. Sus solables por ser que hal nerar con t señora Emi desgarrón e do los ense tarjetas que cho hacer, c NELO LOPE aquello le si suelo: «¿Qui

EL I  
EL B